

El Eco de Cartagena.

Año XXV.

DIARIO DE LA NOCHE.

NUM. 7040

Preios de suscripción.

CARTAGENA, un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—PROVINCIA, tres meses, 50 id.—EXTRANJERO, tres meses, 11'25 id.
La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes.

Números sueltos 15 céntimos.
REDACCIÓN, MAYOR, 24.

MARTES 20 DE ENERO 1885.

Condiciones.

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro.—La Redacción no responde de los anuncios, remitidos y comunicados, conserva el derecho de no publicar lo que recibe, salvo el caso de obligación legal.—No se devuelven los originales.

Anuncios á precios convencionales.
ADMINISTRACIÓN, MAYOR, 24.

Suscripción abierta por las alumnas del Colegio de la Virgen de la Caridad, dirigido por D.ª M. Teresa Aldayturriaga y Viudes, para aliviar las desgracias causadas en las provincias de Málaga y Granada, por los terremotos.

	Ptas.	Cént
La Directora y Auxiliares	8	»
D.ª Carlota Llamusi y Cerdá	1	»
» Julia Llamusi y Cerdá	1	»
» Concepción Oliva y Ruiz	5	»
» Francisca Alfonso y Jorquera	1	»
» Pura Alfonso y Jorquera	1	»
» Francisca Obradors y Abril	2	»
» Antonia Obradors y Abril	2	»
» Elvira Rodríguez y Caro	3	»
» Enriqueta Rodríguez Caro	50	»
» María Rodríguez Caro	»	50
» Patrocinio García y Marín	1	»
» Josefa Abad y Hospital	»	50
» M. L. O.	1	»
» Carmen Moncada y Moreno	1	»
» María Roldán y Arévalo	1	»
» María Cano y Cano	2	50
» Isabel Cabeza y Díaz	1	»
» Soledad Benítez y Vera	1	»
» Emilia Coloma y Vera	1	»
» M.ª Dolores Martínez—	»	»
Salas y Aldayturriaga	1	»
» Laura Font	»	50
» M.ª Josefa Lopez Mendez	»	50
» Adela Martínez y Baños	»	50
» Gregoria Espinos Manzanares	»	50
» Vicenta Tosmes y Ramos	»	50
» Adelaida Cotanda y Martínez	1	»
» Julia Cotanda y Martínez	1	»
» Carmen Pillón y Tuerel	5	»
» Josefa Carreras	1	»
» María Gomez Moreno	»	50
» Rosario Gonzalez Carrión	1	»
» M. C. R.	»	75
» J. C. R.	»	75
» Isabel Perez Reprinje	2	»
» Adela Morales Lopez	»	50
» J. B. M.	»	50
» Emilia Bernal Martinez	»	50
» Consuelo Bernal Martinez	»	50
» Carolina Bernal Martinez	»	50
» Florentina Carreras y Romero	1	»
» Juana Aguilar y Vitoria	3	»
» Aurora Aguilar Vitoria	2	»
» Emilia Mas y Alarcon	»	25
» Juana Garcia y Adre	1	»
» Dolores Garcia y Adre	1	»
» Maria Gal y Cano	»	50
» Amalia Yufra Martinez	»	25
» Dolores Basilio y Vila	1	»
» Alicia Martinez y Lopez	1	»

Ptas. 65 00

ESPARTERO.

El aventajado escritor militar, don Federico de Madariaga, acaba de publicar en *La Correspondencia de Valencia*, un interesante trabajo, en el que se ocupa de una visita hecha al

invicto caudillo, cuyo nombre figura al frente de estas líneas.

Ya que la falta de espacio nos impide trasladar á nuestras columnas todo el escrito del Sr. Madariaga, lo haremos de los párrafos más interesantes.

«El teniente coronel, que lo era Gonzalez Tablas, luego coronel del 19.º y del 25.º de línea, me comisionó para que solicitara del ilustre veterano, el oportuno permiso para pasar á ofrecerle nuestros respetos».

Me faltó tiempo para cumplir mi comisión.

Apenas recibí la orden, me puse en movimiento.

A los cinco minutos estaba delante de la morada del general Espartero.

Los que han conocido la sencillez de sus costumbres, no estrañarán que tuviera yo que dar un aldabonazo en la puerta solariega. Al instante se abrió; y un criado sin librea y careciendo de ese aire insolente—(á pesar de sus afectadas cortesías)—de los demás de su misma especie, me preguntó lo que deseaba.

—¿Se puede ver al general?—le dije.

—Pase Vd.

Subimos una escalara situada enfrente de la puerta que conduce á las habitaciones de la derecha. Pasada la primera de ellas, el criado me dijo, señalándome la inmediata.

—Voy á pasarle recado, porque está aquí.

Penetré en ella, y oí que decía.

—Señor, aquí está un capitán.

—Que entre, contestó una vez que llegó hasta lo más profundo de mi corazón.

Era la voz de Espartero. La oía por primera vez en mi vida.

Antes de pasar adelante, me parece oportuno que dé al lector cuenta de mi asombro por la facilidad con que notaba podía acercarme al pacificador de España. Aun cuando yo no ignoraba la sencillez de sus costumbres, suponía, sin embargo, que el delicado estado de su salud, que era notorio, y su alta posición social, si bien no serian causa bastante para largas antesalas, á lo ménos exigirían, como natural intermediario, alguna otra persona que un criado, y criado de escaleras abajo. Por lo visto aquel, lo era también de escaleras arriba.

El criado me dejó paso franco. Vi modesta habitación, donde había una mesa de billar y dos butacas pequeñas á cada lado de la chimenea, en la que ardía abundante fuego. Los demás objetos no los recuerdo, ni creo que los vi. El hombre que estaba en aquella habitación era el que yo anhelaba conocer.

Entré.

Era el Sr. Espartero.

Estaba sentado á la izquierda de la chimenea en una de las butacas: no me fijé ni en su gorro, ni en su gabán, ni en sus guantes de castor, ni en sus zapatos de paño. Vi su mirada y lei en ella treinta años de historia, en un segundo. Era la mirada que yo habia presenciado. El tiempo podia haber paralizado aquellas piernas que tantas veces oprimieron robusto corcel, secar aquellas manos que empuñaron victoriosa espada, debilitar aquella voz que habia sonado terrible y amenazadora en el estruendo del combate; pero no podia, no, no era posible que apagara el brillo de aquella mirada centelleante. Podian los años destruir el cuerpo y lo habian conseguido; pero eran impotentes para dominar aquella alma bien templada, aquel espíritu indomable. Y el espíritu de aquel hombre invencible se escapaba por sus ojos.

El espíritu, si, estaba allí: es verdad; pero en cuan mezquina cárcel encerrado! Solo mirándole los ojos se comprendía que fuera aquel el héroe de la España contemporánea.

—Mi general—le dije—soy el ayudante del batallón de Logroño. Pasa destinado á Valencia, y sus oficiales me han comisionado para que solicite de V. A. el honor de ofrecerle el testimonio de su admiración y respeto.

Me miró un segundo todavía, se sonrió con la sonrisa de un niño, y me contestó, levantando las manos á la altura de su cara:

—El caso es que el médico me vá á reñir mucho; pero cómo he de negarme á lo que me piden mis compañeros? Y luego, su batallón de Vd. es el batallón de esta Rioja, que tanto quiero. Conozco que el médico tiene razón. Las emociones me hacen mucho daño... es verdad que me los causa mayores dejar de tenerlas; pero de esto no puedo convencerlo. No quiere que hable de cosas de milicia ni de guerra... y yo no puedo hablar más que de eso, por más que hago.

La princesa apareció en este momento. El general me presentó á ella y le dió cuenta de mi pretensión.

Invitaronme á que tomase asiento. Me resistí, porque me parecia una profanación sentarme delante de aquel hombre, á pesar de que Gall no encontraria en mi muy desarrollado el órgano que denuncia la afición á las manifestaciones aparatosas.

Entonces la princesa, que acababa de sentarse, púsose de pié. No tuve más remedio para que el respeto no se convirtiera en desatención, que dejarme caer en una silla, encantado

de aquella muestra de exquisita cortesía, á la que no todas las personas se creen obligadas.

La princesa, señora por extremo amable y discreta, me repitió lo ya por el general expresado, añadiendo que habia tenido el disgusto de no poder dias atrás acceder á los deseos análogos de otros batallones. Verdad es, añadió, que estaba peor entonces y guardaba cama...

Mira—dijo el duque—con estos puedo hacer una excepción, sin que nadie se ofenda... porque yo no quiero que ningún oficial crea que no soy buen compañero.... Este batallón es el batallón de aquí: son riojanos... puedo decir que paisanos míos. Es natural que quieran despedirse... se van, y ¡sabe Dios si nos volveremos á ver!... Es justo que yo me despida de ellos también... y en ellos veré al ejército entero...

Y satisfecho, al parecer, con haber encontrado esta salida, nos miraba como diciendo: ¿no es verdad que tengo razón?

La princesa se sonrió, y me dijo:

—Lo que es el general siempre estaría en la guerra... ¡Gonzalez Tablas!... díjale á ustedes, y por él no quedaria un dia sin que hubiera conversación larga y relatos de guerra; pero cuanto tiene un dia así, se impresionan de tal suerte, que al otro se encuentran peor.

—No, ahora hablaré poco... y á éstos nada mas... Son los chicos de por aquí ¿Cómo les digo que no?... Yo quisiera, añadió después de una pausa, ver á todos. La verdad es, que me apesadumbra no poder hacer lo mismo con cuantos pasan por Logroño. Me gustaria salir á la calle meterme entre las filas, hablar con los soldados... ¡qué buenos son! ¡qué buenos!... la verdad es que no hay soldado como el nuestro: ¡qué valiente... que sufrido! ¡qué noble! Me entretengo en mirarlos á través de los cristales cuando van con las puntas de sus capotes recogidas, la gorrilla de medio lado, comiéndose su ración de pan con un gusto... que buen apetito tienen los pobres. Me lo añren á mí, y algunas me danganas de pedirles un poco... ¡Cuánto vale en ocasiones un pedazo de pan! ¿no es verdad?—exclamó sonriéndose y dirigiéndome una mirada.

Hice un gesto de sentimiento, mi estómago, á tener lengua, hubiera echado un buen discurso acerca de las excelencias de los mendrugos mojados en la salsa de San Bernardo.

El general señaló la hora de las doce del siguiente dia para recibir la oficialidad de mi batallón.

Fuimos, en efecto, con el teniente coronel D. Ramón Gonzalez Tablas, á la cabeza. Oficial instruido